

Lunes 26 de Julio de 1920

DEL MARTIROLOGIO ALIANCISTA

Vida y milagros del apóstol León

Allá por el año 1920 floreció un varón justo y tímido a quien sus contemporáneos llamaron por escarnio, el León, y que, habiendo hecho voto de riqueza ofrecía repartir el dinero de los otros a los menesterosos.

Entregado largos años al servicio de los magnates de la tierra, ocupó las más altas jerarquías y llegó a ser ministro y tesorero del monarca Yaque I Lebaudy, emperador del Sahara; pero la gracia que detuvo a Saulo en el camino de Damasco y a Luis Orrego en el de la novela para llevarlos por la vía áspera y dura de la propaganda, obró también sobre el hermano León y lo indujo hacia la senda de la austeridad, la penitencia y la predicación.

Desde entonces su vida fué un ejemplo de celo y de entusiasmo infatigable. Atormentaba sus sentidos oyendo a don Victor Celis y mirando a don Pedro Aguirre Cerda y se exponía a la mofa y el escarnio ciñéndose una cinta tricolor en presencia del pueblo.

Concedor de la dureza y acritud de la verdad, la evitó siempre en sus predicaciones y, comprendiendo que la opulencia y el boato contribuyen a dar lustre y esplendor a la virtud, nunca que habló de la repartición de las riquezas, incluyó en ella su palacio ni los vastos dominios de su hermano.

Tanta prudencia y discreción no podían pasar inadvertidas para las muchedumbres de creyentes que se agolpaban ante sus balcones para escuchar sus palabras y besar la orla de sus vestiduras y sus manos venerables, en las cuales florecía ya el don de hacer milagros.

Así un día de verano, mientras los fieles, cumplidos sus oficios religiosos meditaban u oraban, porque era día festivo, el santo misionero tocó las cerradas verjas de fortísimo hierro que impedían la entrada al Banco de Chile y, a despecho de llaves y candados, las firmes rejas se abrieron y penetró, sin ser visto de nadie, en las obscuras y temibles oficinas del Banco.

Encontrándose allí, escribió y firmó una carta, un año justo antes, contado día por día, desde el momento en que se hallaba, porque el cielo había dotado a su persona del don de disponer del tiempo y el sol le continuaba obedeciendo de igual modo que, cuando siendo ministro, bajo el despótico gobierno de don Juan Luis I, obligó al astro a retardar en cuarenta y tres minutos su carrera.

Otro día tocó en el corazón al potentado don Luis Aldunate Echeverría, y lo convirtió en demócrata; otro, sopló la frente de don Enrique Balmaceda y lo transformó en personalidad política; otro, en fin, viendo perdida una elección, oprimió suavemente un raspador y una goma de borrar que tenía casualmente sobre su mesa de trabajo, e hizo surgir siete electores en remotas provincias del imperio.

A su llamado los muertos abandonaban la tierra en que yacían, y confundían sus urnas sepulcrales con las molestas y pequeñas urnas destinadas al sufragio de los vivos. Y - si hemos de creer a los cronistas de tan prodigioso día, - en la décima comarca del imperio, donde quedaban aún incrédulos que dudaban de su persona y le miraban como un antipapa, movió una legión de ángeles exterminadores que en figura de demonios y con una pequeña imagen del santo en el sombrero, apalearon e hirieron a cuantos pretendían oponerse a sus sagrados destinos.

Pero no eran sólo los hombres y los espíritus celestes, los únicos seres sobre los cuales se ejercían los milagros del apóstol. También los seres inferiores obedecían sus mandatos. Uno de sus más encarnizados enemigos, el descreído y herético Rivera, refiere en efecto, que en cierta ocasión el santo que se veía perseguido de cerca por él en una alta montaña dirigió la palabra - como San Fran-

cisco de Asís al hermano Lobo - a una manada de mulas y éstas huyeron dejando al perseguidor confundido y burlado.

... ..
Hasta aquí lo que dicen los escasos fragmentos del "Martirologio Aliancista" que hemos podido encontrar, des encuadrados y trancos entre un hacinamiento de papeles caídos de la biblioteca de la Federación de Estudiantes.

Es sensible que la pérdida del resto de la obra, no permita conocer cuál fué el término de los milagros del apóstol; pero creemos cumplir con un deber al consignar para la posteridad el único prodigio que hemos podido conocer de cerca:

Una socia de la Liga de Señoras contra la Tuberculosis, al visitar a una enferma notó que uno de los chicos se apresuraba a ocultar con un pedazo de lona, un bulto blanco abandonado en un rincón de la desmantelada y pobre alcoba. Intrigada por el azoramiento del muchacho, preguntó a la enferma qué significaba aquello y después de muchas preguntas y evasivas logró saber que el bulto era un pedazo de estuco de la casa de don Arturo.

-¿Y para qué lo han sacado? - interrogó extrañada la señora,
-Señorita - repuso en tono conpungido la enferma, - el pedazo de estuco es milagroso y con él me hago "friegas" en las piernas para quitarme los dolores reumáticos.

He aquí, pues, otro caso patente de prodigio, que ¿por qué no decirlo? nos alarma respecto al éxito final del candidato.

Refiere Xandaró en sus "Viajes Morrocotudos" que nunca sufrió más que en cierta aldea del Africa Central donde, en concepto de santo, fué colocado en un altar y casi comido por las moscas, entre las adoraciones y plegarias de sus fanáticos creyentes.

¿Y quién nos dice que algún día don Arturo, en su fama de santo milagroso, no termine su vida pública en un nicho de altar en vez de un sillón de la Moneda?

Pontificia Universidad Católica de Chile